

LA ENAMORADA

—Casarás, mi hija,
con el conde Claros,
que si ya no es mozo
tiene mucho rango.

—Ten piedad, mi padre,
que quiero a don Carlos
desde que era niña
y es también hidalgo.

—Será como digo
y harás lo que mando
o entrarte al convento
tengo ya pensado.

No valen de nada
súplicas ni llantos:
«Casar con el conde
o entrar en el claustro».

Ya salen las monjas
con sus negros mantos
y la blanca novia
con su rostro pálido.

Mudo va el cortejo
también desfilando,
la madre afligida
y el padre enlutado.

Cuando ya resuenan
las notas del órgano,
de galas y adornos
la van despojando.

Las sortijas de oro,
los zarcillos de ópalo,
la rica venera
y el collar preciado.

Implacablemente,
a tijeretazos,
caen los espléndidos
cabellos castaños.

Entre la penumbra
del porche románico,
cerca de la pila
del agua bendita,
solloza don Carlos.

ROMANCE

La Virgen va caminando,
las yuntas los campos bordan
y en ribazos y praderas
los corderillos retozan.

—Labrador, por qué no cantas
mientras tu campo laboras?
Por qué no siembras rosales
al pie de la verde loma?

—Cantando se pierde el tiempo
siembro trigo, Señora [po;
y si las flores alegran
el trigo nutre y conforta.

—Buen labrador, ten presente
que el cantar siempre remoza.
¡Siembra de trigo tu campo,
pero cércalo de rosas!

En esto, se alza del surco
un manso vuelo de alondras
y el Niño Jesús sonríe
con sonrisa candorosa.

CATALINA

A orilla del río
Catalina estaba,
hilando suspiros
al correr del agua.

Pasa un arrogante
capitán de lanzas,
con su banda roja,
chambergó y espada.

—Dios guarde a la hermosa
de las manos blancas.
Si puedo servirla,
mire lo que manda.

—Diga si a mi esposo
vio por la campaña.
Tiene vuestro porte.
Don Alvar se llama.

—Conocí un soldado
que así se llamaba
y siento deciros
que murió en batalla.

Y pues sois viuda,
os brindo alianza,

blasón de marquesa,
solar de gran dama.

—Esperé siete años,
siete más me faltan
y, al cabo, una celda
tengo en Santa Clara.

—Dulce Catalina,
yo soy el que aguardas
y este es el anillo
que te desposara.

Que marché soldado
camino de Italia
y vuelvo a servirte
capitán de lanzas.

JUAN LUIS CORDERO

EL SAGRARIO

Sombras envueltas en el silencio hondo
de la paz de tu Iglesia
donde velando tu Sagrario agosto
tu Calvario a él me representa.
Solo el Sagrario, solo...
como sola tu Iglesia,
sola ardiendo la lámpara
cual la fe que flamea.
De la indecisa lumbre
la sombra se proyecta
fantasma de una sombra
entre la sombra envuelta.
¡Qué solo tu Sagrario!
¡Qué soledad tu Iglesia!
¡Qué solo tu Sagrario!
¡Amor, que siempre velas!

FRANCISCO MASSO